





Lis

letra
imagen
sonido

Por una epidemiología fotográfica: dos textos de Roberto Arlt

EZEQUIEL DE ROSSO

153

Atravesadas por coloquialismos (“gansería”, “necesidad del puchero”) y referencias a la coyuntura en la que fueron producidas (los “cesantes” que “tramitan el suicidio económico”), las aguafuertes de Roberto Arlt que aquí presentamos son, entre otras cosas, el testimonio de una época en la que la mediatización ha pegado un salto en la ciudad de Buenos Aires: la radio va en caminos de estabilizar sus formatos, las salas de cine (ahora sonoro) se multiplican, los medios gráficos alcanzan una *madurez* estilística que durará décadas.

Un primer modo de ese registro puede leerse en “Manía fotográfica”. El texto desvela la articulación entre medios de masas y dispositivo fotográfico. Quien escribe conoce “desde adentro” la dinámica de los medios y exhibe la producción de la noticia como trabajo discursivo ficcional (“De una pelea conyugal...eso...tenía que convertirlo en una tragedia”). Ese trabajo afecta también el valor “probatorio” de la imagen fotográfica: quienes son fotografiados negocian la pose con diversos medios.

Se trata, en verdad, del registro de los modos en que la vida cotidiana tramita, por la vía del dispositivo fotográfico, su existencia mediática. De ahí que el texto derive del marido engañado (que finge el sufrimiento) al “parásito de la foto” (“los técnicos de la ‘colada’”, los llama Arlt), una especie de patología social que afecta a la imagen pública: el “parásito de la foto”, según lo describe Arlt, es un *hombre de la multitud*, aunque no necesariamente un *hombre de los medios*. Ese desplazamiento (del periodista a los retratados por los medios, y de ahí a la escena pública general) señala el modo en que la experiencia de los nuevos medios tiende a pensarse como clave heurística de la vida urbana en su conjunto.

Por su parte, “Una nueva peste” fija el interés en el espacio público. Así, en el *otro lado* de la vida urbana, aparece la atención a los nuevos modos del dispositivo fotográfico. Alineados con los “parásitos” que saltan del espacio privado al espacio público, se encuentra otra “peste”, la del “instantáneo”. No se trata aquí ya del mundo de los medios de masas. Arlt registra aquí los modos en que los nuevos dispositivos de ese momento se relacionan con las prácticas sociales, los modos en que se producen nuevas alianzas y desplazamientos que, tal vez a su tiempo, produzcan nuevas prácticas mediáticas.

Así, la instantánea (cuyo nombre refiere al breve plazo de exposición durante la toma y oculta el relativamente largo plazo de la impresión) ejerce *dos tipos de violencia* sobre el cuerpo social. El primero es propio de la historia de los dispositivos, los fotógrafos del “cañón niquelado” han sido desplazados por la nueva plaga y “quedan arrumbados (...) en el más miserable rincón de las plazas donde se despiojan los perros y tramitan un suicidio los cesantes”. Esos fotógrafos ambulantes se suman a los de la cámara trípode, también abandonados como fantasmas en las plazas de la ciudad.

Esa *fantasmaticización* del empleo, la idea de que los desempleados no desaparecen sino que siguen pululando cual fantasmas por el territorio de la ciudad, es una idea que Arlt trabaja al menos desde *Los siete locos*. Nótese que en “Una nueva peste (...)” quienes quedan fuera de la modernización tecnológica no se convierten, no aprenden el nuevo oficio. Son, si se quiere, una masa de humillados que crece constantemente y va poblando las ciudades por las que vagabundean tanto el periodista de *El Mundo* como Remo Erdosain. Y esa masa no cesará de crecer porque Arlt tiene una precisa dimensión del desarrollo tecnológico: “La ciencia no da patacón por cuadra, sino al trote. ¿Qué vendrá después?” La lógica misma del dispositivo (¿no sólo el mediático?), su funcionamiento en una lógica capitalista, obliga tanto a la obsolescencia de la técnica como al desempleo. Esos saberes técnicos de los desempleados son el corazón de la revolución que lleva a cabo el Astrólogo.

La segunda violencia tiene que ver también con la relación entre dispositivo y práctica social. Si antes los fotógrafos *ambulantes* estaban fijos, ahora hacen verdadero honor a su nombre, asaltando a los transeúntes. Esta movilidad es producto del dispositivo que ya no requiere de una exposición prolongada. Esa novedad produce cambios en la circulación, en el espacio público. Una selva tropical en Florida, un ejército en la Diagonal Norte, una plaga en el Botánico: una nueva población recorre urgente la ciudad, sacando fotos “de prepo”.

154

Esa segunda violencia puede leerse como la contracara de las observaciones de Arlt sobre los medios periodísticos. En efecto, si en “Manía fotográfica” los medios entraban en la vida cotidiana y revelaban cuánto de la lógica pública existía en esos retratos (la pose, la “imagen piadosa”), ahora un nuevo dispositivo muestra cuánto hay de vida íntima en el espacio público. Ante el ataque de la nueva peste, los hombres pueden obtener un “dulce recuerdo”, de otro modo imposible de obtener, y las mujeres pudorosas pueden revelar aquello que quieren ocultar. Esa sorpresa bloquea el cálculo que se le imprime a la foto en los medios de masas y exhibe (como antes exhibía la prensa diaria) las intersecciones entre espacios sociales que se querrían distantes, sino directamente antitéticos.

La tecnología nueva, esos nuevos medios (justamente porque son nuevos) revelan para Arlt la lógica íntima de lo social, sus estratos y desplazamientos. Quien preste atención a la articulación entre dispositivos, medios y prácticas sociales tal vez sabrá, con más precisión que cualquier otro, de qué está hecha la vida social. En ese sentido, una anticipación del programa que parece guiar a estar revista.

Una nueva peste: el “instantaniero”

ROBERTO ARLT

Publicado originalmente el 14 de enero de 1931 en diario *El Mundo*.

Posteriormente, en *Aguafuertes Porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*, Buenos Aires, 1999, Editorial Losada.

155

Antes de entrar a tratar el término, digamos esto: en Buenos Aires el trabajo de fotografía ambulante ha evolucionado vertiginosamente. Desde el antiguo cajón con paño, detrás del cual se parapetaba un sujeto descuadrillado y roto por los seis costados, hasta el modernísimo denominado “Kodak film” media una distancia fantástica. Aquellos fotógrafos ambulantes y tristes, que se pasaban el día esperando parejas de gaitas en los bancos de las plazas, son los Mateos del daguerrotipo. Los primeros que los desplazaron en el gremio de cuidadores de ómnibus y maritornes con licencia, fueron otros caballeros, también de botines rojos y pelo riguroso que, armados con una especie de cañón niquelado, trasunto de aparato de rayos X, ametralladora económica y lanzaobuses de trinchera, produjeron un auténtico delirio entre los aficionados a la inmortalidad casera.

(...) Los propietarios del aparato cañón con paño negro y revelador de lengua (porque siempre que sacaban una foto para revelarla le pasaban la lengua) quedaron arrumbados en el más ignominioso rincón de las plazas. Ellos, su trípode, el paño velatorio y mortuario y la pantalla de madera, con la consiguiente media docena de “instantáneas” que duraban una hora, y que inmortalizaban gorduras y flaqueces de todo pelaje y alimentación. Los del aparato torpedo hicieron su agosto hasta que...

Aparece el “Kodak film”

Y de pronto aparece el “Kodak film”. Los tíos del aparato torpedo quedan reducidos a su más mínima expresión. Los del aparato cajón mortuario, con tapa de vidrio y paño negro, resucitan de gozo. Por fin, sus competidores quedan arruinados, arrumbados como ellos en el más miserable rincón de las plazas donde despiojan los perros y tramitan un suicidio los cesantes. ¡Por fin! Y se convierte en dueño del mercado el hombre de la “Kodak film” o “instantaniero”.

El instantaniero trabaja de asalto. Él no le pregunta a usted si quiere la fotografía o no. No le interesa. Muchas veces, cuando lo ve, levanta su aparato, que es una especie de teodolito reformado con miras al telémetro, y hace girar la manija. Lo mismo que una ametralladora.

Al instantaniero se le encuentra por todas partes. Parques, jardines, avenidas; en la Diagonal Norte hay brigadas de instantanieros. En el Rosedal no le digo nada. Jardín Zoológico y Botánico están infectados. En Avenida de Mayo, a cada tres pasos encuentra uno. En Florida, constituyen una especie de vegetación tropical.

El éxito del instantaniero

El instantaniero trabaja, como dije, por asalto; pero la razón de su éxito no está en instantanear al hombre o a la mujer aislados. No. Él triunfa y engorda y se alimenta y vive y prospera sobre la base de las parejas. Su carnada son los enamorados. Allá, donde distingue una pareja que camina sumergida con honesto recato en su felicidad amorosa, el sujeto maniobra como un submarino, se coloca en distancia de tiro y ¡paf! la manijita da tres vueltas. Este sistema de asalto es acogido gozosamente por todos los fulanos que tienen relaciones con una dama escrupulosa y con más prejuicios que una monja... en la calle.

156

No hay caso de protestar. Usted palma su mango y sabe perfectamente que dos días después puede retirar las instantáneas.

Lo desagradable ocurre cuando no se tiene el peso. Cosa que a veces suele ocurrir. Pero el instantaniero no se preocupa. Por una pareja que falla, diez, en fila, aceptan su destino fotográfico, sobretudo los individuos agradecidos de que el trabajo de asalto les haya ahorrado el inmenso laburo de convencer a madame que se fotografíe en su compañía y le deje lo que se llama "dulce recuerdo". Con tal procedimiento quedan evitados los entredichos. El instantaniero en compañía del diablo hace la suya y le deja al tiempo el resto.

¿Qué vendrá después?

La ciencia no da patacón por cuadra, sino al trote. ¿Qué vendrá después? Se me ocurre que cualquier yurno de estos aparece en el mercado el "Kodak film" pero parlante, aparato que sacará a las parejas con reproducción sonora de lo que hablen... En fin... Todo es de esperar... En tanto, en los rincones de las plazas, donde los perros se despiojan a dentelladas y los cesantes tramitan un suicidio económico y saludable, meditan consternados los hombres de aparato cajón mortuario y los otros del foco-torpedo, en espera de que se les sumen los del "Kodak film".

La manía fotográfica

ROBERTO ARLT

Publicado originalmente el 25 de agosto de 1930 en diario *El Mundo*.

Posteriormente, en *Aguafuertes Porteñas: cultura y política*, Buenos Aires, 1992, Editorial Losada.

157

(...) Trabajaba yo de cronista policial de un diario de la tarde. Era uno de los cuatro encargados de la nota carnífera y truculenta. Crimen, fractura, robo, asalto, violación, venganza, incendio, estafa, hurto que se cometía, y allí estaba yo. Incluso estaba obligado a hacer un drama de un simple e inocuo choque de colectivos. ¡A lo que obliga a uno la necesidad del puchero!

De una pelea conyugal... eso... tenía que convertirlo en una tragedia. Se da cuenta ¿qué sainete?

¿Una menor se fugaba de su casa? Pues, a hacer la patética historia del drama de la menor, y a convencerla de que era conveniente que permitiese que le publicaran el retrato en el periódico.

¿Que un señor degollaba a su cónyuge? Pues, a publicar el retrato del señor, de la cónyuge y del perro, si había perro. Y a veces había perro, como que recuerdo que una vez, un can grandote lo siguió a su patrón hasta la comisaría y no se apartaba de allí, haciéndole compañía al victimario. Bueno, fotógrafo y yo andábamos errabundos y fantasmagóricos por esos barrios de Dios, retratando a cuanto malandrino permitía que lo immortalizaran y a cuanto carbonera había arrancado las mechas a su vecina. En este aprendizaje fantástico, vi y constaté numerosas rarezas, incluso la de la reconstrucción de asaltos, que consiste en que el redactor le pida una gorra prestada a un chico y haga, colgándose del estribo de un automóvil de alquiler, la escena del asalto presenciada por “testigos que estaban incomunicados”. Pero nunca, nunca recibí tan intensa impresión como una vez cuando llegué a la casa de un señor que se volvía loco para dar a la publicidad y a los cuatro vientos, la noticia de que su esposa se había fugado con un vecino.

Cuadro patético

Vivía el tal en un conventillo y era un sujeto grandote y gordo, lo cual hace pensar que no debía ser tan zanahoria como demostró serlo, pues viviendo en un inquilinato y siendo grandote y gordo, debía haberse espabilado había mucho tiempo... Pues verán, en cuanto llegamos con el fotógrafo, el tipo (cuya mujer se había fugado) llamó a un nene, se sentó en una sillita y poniendo al purrete sobre una rodilla, tomó un pañuelo, se lo acercó a los ojos y, haciendo como que lloraba, nos pidió que lo fotografiáramos así.

La casualidad quiso que el mismo día ocurrieran varios crímenes más importantes que la denunciada infidelidad de que fue víctima el sujeto obeso, y como ni ese día ni el siguiente se publicó la foto del fulano, éste empezó a reclamar telefónicamente y luego vino al diario, y tanto protestó y dijo, que hubo que publicarle la foto, porque quería que todo el mundo supiera que era él y no otro, el marido engañado. Y recuerdo perfectamente que entre las cosas que dijo, había una que me llamó la atención, y fue:

—Porque si yo hubiera sabido que ustedes no me iban a publicar la foto, yo hubiera permitido que los del diario X reprodujeran la foto mía y también la de “ella”... Así me quedé sin X y sin ustedes...

158

También otra vez, en una comisaría donde el comisario era medio reacio a dejar fotografiar a un ladrón detenido, nos dijo que nos permitiría sacar la foto siempre que el otro lo quisiera, y éste, cuando le dijimos si accedía a que lo retratáramos, nos contestó:

—¿Sí, para que me saquen a media columna... igual que cualquier chorrito? ¡No!

Hubo que prometerle, seriamente, que su foto saldría a tres columnas, y sólo así, entregó un autógrafo y posó para la inmortalidad.

Vanidad

Y no sólo en el gremio de las menores fugadas y de los maridos engañados encontramos este apasionamiento por la publicidad, sino que en distintos grados asoma a todas las capas sociales, de manera que en los banquetes, picnics, tedeums, misas de cuerpo presente (y ausente), conferencias, etc. vemos juntos a los verdaderos protagonistas del asunto, a los parásitos de la foto.

Los parásitos de la foto son aquellos señores que no teniendo nada que hacer en la foto, encuentran la manera, bien singular por cierto, de figurar en cuanta placa se toma en su presencia. Son los técnicos de la “colada”. En cuanto husmean la hora del magnesio, estos sujetos, con habilidad de “lanceros de bondi” se infiltran entre la gente y apartando a éste a codazos,

balbuceando un sutil “con su permiso” a otro, y describiendo más circunvalaciones que un táctico, llegan a través de la multitud de invitados, a colocarse a las espaldas del agasajado o del “protagonista”, de manera que en cuanto el chasirete le grita a su ayudante que prepare el magnesio, ellos están listos, con el pecho abombado, el nudo de la corbata enderezado, la sonrisa a punto; constatándose el singular caso de que el parásito de la foto está siempre en la placa en posición más destacada e interesante que el agasajado o protagonista. Y en vez de mirar hacia el público, como miran la mayoría de los espectadores, ellos siempre están sonriendo o conversando con el agasajado, aunque no le conozcan; de modo que si el protagonista es un personaje importante, ellos demuestran que no sólo lo conocen sino que disfrutan de su intimidad, y “pasan la mula” que en determinadas circunstancias les es muy útil y provechosa.

Y si no obsérvense —¡qué lástima! Se me acaba el papel y termino— las fotografías de acontecimientos políticos y siempre se verá junto al protagonista, los personajes accesorios...

